

Edmundo De Amicis

***DE LOS APENINOS A LOS ANDES
Y OTROS CUENTOS***


Cantaro

Colección del
MIRADOR

Coordinador del área de Literatura: Salvador Gargiulo
Los contenidos de las secciones que integran esta obra han sido elaborados por: Stella Maris Cochetti

Traducciones de Horacio Guido y Valeria Joubert

Coordinación de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum
Coordinación de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso
Tratamiento de imágenes y documentación: Ezequiel Gonella,
Máximo Giménez, Tania Meyer
Imagen de tapa: George Schill

Corrección: Cecilia Biagioli

De Amicis, Edmundo
De los Apeninos a los Andes. – 1° ed. 1° reimp. – San Isidro: Cántaro, 2010.
160 p.; 18 x 13 cm.

ISBN 978-950-753-117-0

1. Narrativa Italiana. I. Título
CDD 853

© 2010 Puerto de Palos S. A.

Blanco Encalada 104 (B1609EEO) San Isidro, Argentina - Tel./Fax 4708-8000
Puerto de Palos Casa de Ediciones forma parte del Grupo Editorial Macmillan
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Impreso en Argentina - Printed in Argentina
ISBN 978-950-753-117-0

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Primera edición, primera reimpresión.

Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2010, en los talleres de Impresiones Sud América, Andrés Ferreyra 3769, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.



*Puertas
de
acceso*

El corazón: un símbolo muy popular

Tal vez, el grafito que más hemos visto sea un corazón. Con dos nombres, con dos iniciales, con una flecha que las atraviesa; hay corazones en las mesas de los bares, en la corteza de los árboles, en los pasacalles, en los cuadernos y carpetas de los estudiantes. Y en los automóviles, los vemos para enterarnos de que su dueño adora tal o cual lugar, al que ha visitado en las vacaciones.

Es que el corazón es el símbolo más conocido del amor, un sentimiento tan importante que lo asociamos, siempre, a la felicidad. Y, sin embargo, nos podríamos preguntar por qué, desde muy antiguo, el corazón se ubicó en las preferencias de los pueblos para relacionarlo con el amor. ¿Acaso el hígado, los pulmones o el cerebro no son, también, órganos importantes del cuerpo humano? ¿Por qué no merecieron ellos el honor de ser la sede del amor?

La raíz de la palabra *corazón* puede servirnos de ayuda. Es muy antigua, pues viene del sánscrito, un idioma sagrado de la India cuyo origen se remonta a 1500 años a. C. En esa lengua, *corazón* es “kurd”, que significa ‘saltar’, en alusión a los latidos. Todos somos conscientes de que esos latidos no mantienen siempre un ritmo regular: se aceleran ante una situación que nos provoca miedo o vergüenza, o cuando vemos a alguien por quien sentimos algo especial. El corazón es el único órgano en el que percibimos tan claramente un efecto físico provocado por nuestros sentimientos. Incluso, la palidez o el rubor en las mejillas se relacionan con la circulación de la sangre, que es impulsada por el corazón.

Entre los pueblos antiguos, los egipcios, como muchos otros, identificaban el corazón no sólo con los sentimientos, sino también, con la voluntad y con el entendimiento. «El corazón es el que hace surgir to-

do conocimiento» dice un antiquísimo papiro egipcio¹. Para embalsamar a sus muertos, los sacerdotes extraían del cuerpo del difunto todas las vísceras, salvo el corazón. En el juicio al que sería sometido el muerto en el más allá, los dioses pondrían el corazón en el platillo de una balanza, mientras que en el otro colocaban una pluma, la cual representaba a Maat, la diosa de la justicia. Según creían, si el platillo del corazón descendía, era porque su peso había aumentado debido a las malas acciones.

También los aztecas, que lo llamaban “yollotli”, lo consideraban asiento de la vida y del alma. Y para la sabiduría hindú, el corazón era la morada de Atman, la esencia íntima y espiritual de toda persona. Como vemos, antiguamente, el símbolo del corazón era mucho más abarcador que en la actualidad, pues incluía también la vida, el espíritu y la inteligencia.

Durante la Edad Media, el símbolo del corazón se refirió también al amor sagrado. El corazón de María comenzó a representarse expuesto y atravesado con una o con cinco espadas, pues cuando el Niño Jesús fue presentado en el templo, un hombre justo llamado Simeón lo reconoció como el redentor de la humanidad y predijo a María: «A ti misma, una espada te atravesará el alma»², en alusión al dolor que sufriría por el sacrificio de su hijo.

En el siglo xvii, se completa la iconografía cristiana con la adoración al Sagrado Corazón de Jesucristo, debido a las visiones de la religiosa francesa Margarita María Alacoque³. En ellas, Cristo le mostraba su corazón compasivo y sangrante.

En la Edad Moderna, a partir del siglo xviii, se popularizó el símbolo del corazón que representaba el amor entre un hombre y una mujer. Se revitalizó el mito de Cupido, el dios romano hijo de Venus, la diosa del amor. Las diferentes imágenes lo muestran como un niño o

¹ Citado por Biedermann, Hans: *Diccionario de símbolos*, España, Paidós, 1996.

² Lucas 2, 35. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1976.

³ Margarita María Alacoque (1647-1690) fue canonizada en 1920.

un joven armado con un arco y con flechas, generalmente con los ojos vendados, que dispara sus armas indiscriminadamente contra los corazones de hombres y de dioses. Su nombre, en latín, significa “deseo”, la atracción inexplicable —de ahí que se lo represente ciego— que se siente súbitamente por alguien.

El arte de amar

Desde entonces, se ha adueñado de nosotros la idea de que el amor es algo que surgirá de improviso cuando se cruce en nuestro camino alguien que nos deslumbré, una persona ideal que nos arrancará los más sonoros suspiros y hará que nuestro corazón se acelere de manera inusitada. Las telenovelas, las historias románticas de las películas e, incluso, las publicidades, que nos plantean que usando determinado producto aparecerá en nuestras vidas la muchacha o el joven soñados, han contribuido a instalar esta imagen del amor en nuestra cultura: todo será maravilloso si nos cruzamos con la persona adecuada, no hace falta nada más. Y sin embargo... ¡cuántos amores dignos de Hollywood, que aseguraron haber sentido el flechazo de Cupido, se han encontrado luego con la frialdad del fracaso! La realidad, bien lo sabemos, no se parece a las películas y, por eso, les propongo revisar esta idea del amor.

En primer lugar, conviene recordar el concepto que de él tenían los pueblos antiguos: el amor es una potencia, una actividad del espíritu humano. El hombre no nace con sus facultades desarrolladas y, como ocurre con el pensamiento, la voluntad o la memoria, el amor requiere un aprendizaje, un ejercicio para desarrollarse plenamente. La sociedad contemporánea olvida demasiado a menudo que el amor es, en realidad, un arte que se debe practicar superando muchas dificultades. Es ingenuo reducirlo a un solo momento mágico:

Puede compararse esta actitud con la de un hombre que quiere pintar, pero que, en lugar de aprender el arte, sostiene que debe esperar el objeto adecuado y que pintará maravillosamente bien cuando lo encuentre⁴.

El arte de amar comienza a aprenderse desde que nacemos: recibimos el amor de la madre, conocemos el amor del padre; sin olvidar que los hermanos y los amigos también son escalas previas antes de alcanzar el amor de esa persona cuyo nombre hemos de escribir en un grafito con forma de corazón. Todas son variantes de una misma facultad del hombre, la de amar.

La monedita del alma

Y ¿en qué consiste —podríamos preguntarnos— esta actividad llamada *amor*? Básicamente, se podría resumir en una palabra: dar. Pero ¡cuidado!, existe una gran diferencia entre el concepto de dar que plantea el mercado y el que se corresponde con el amor. Si consideramos la esfera de lo económico, de lo comercial, *dar* significa ‘recibir algo a cambio’. No cobrar por lo que se ofrece es una estafa, ciertamente. Y muchos han extendido este concepto al amor y se sienten burlados si no encuentran una retribución.

Se me permitirá repetir que el amor es un arte: un genuino artista no pinta para que otros admiren sus obras o para que paguen por ellas. Es el ejercicio de crear la obra lo que le da verdadero placer, lo que alegra su alma.

Del mismo modo, quien practica el arte de amar siente que, en el acto de dar, está la más alta expresión de su espíritu, aquello que colma su corazón de felicidad. Es la acción y no lo que podamos esperar

⁴ Fromm, Erich: *El arte de amar*, España, Paidós, 1980.

a cambio, la manifestación de nuestra riqueza interior. Incluso, dentro del ámbito social, se puede apreciar que se consideran ricos aquellos que comparten lo que tienen. Al avaro, se lo tiene por «miserable», es decir, muy pobre, además de tacaño, según el diccionario⁵.

Que sirvan como resumen los versos del poeta Antonio Machado:

*Moneda que está en la mano
quizá se deba guardar;
la monedita del alma
se pierde si no se da.*

Permanentemente recibimos mensajes que nos condicionan para que nos preocupemos por conseguir dinero, éxito, prestigio, poder. Y dejamos de lado la solidaridad, el placer de dar sin esperar nada a cambio. Y no es necesario que se trate de algo material. En la esfera de lo humano, *dar* significa ‘ofrecer algo de nuestra propia vida: alegría, comprensión, conocimientos, experiencias...’.

Los secretos del amor

En el año 1943, el escritor francés Antoine de Saint-Exupéry publicó *El principito*. El protagonista es un niño que descubre los secretos del amor. Enojado con una flor a la que había cuidado, porque era muy orgullosa para demostrarle su afecto, el principito emprende un viaje. Cuando recorre la Tierra, encuentra a un zorro:

—*Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—. ¡Estoy tan triste! ...*
—*No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy domesticado.*

⁵ Moliner, María: *Diccionario del uso del español*, Madrid, Gredos, 1996. Versión digital.

⁶ Machado, Antonio: *Humorismos, fantasías y apuntes*, LVII, II, en *Poesías completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1979.

A large steamship is shown from a low angle, moving across the water. The ship's dark hull and white superstructure are prominent. The background is a hazy, overcast sky. The text is overlaid on the upper part of the image.

Edmundo De Amicis

***DE LOS APENINOS A LOS ANDES
Y OTROS CUENTOS***

Edmundo De Amicis

CUENTOS MENSUALES

Selección tomada de la novela *Corazón*.

Publicada por primera vez en 1886.

EL PEQUEÑO PATRIOTA PADUANO

No seré un soldado cobarde¹, no; pero iría con más gusto a la escuela si mi maestro nos refiriese, todos los días, un cuento como el de esta mañana. Todos los meses —dice—, nos contará uno, nos lo dará escrito y será siempre el relato de una acción buena y verdadera, llevada a cabo por un niño.

«El pequeño patriota paduano²» se llama el de hoy. Aquí va:

Un navío francés partió de Barcelona, ciudad de España, hacia Génova, llevaba a bordo franceses, italianos, españoles y suizos. Había, entre otros, un chico de once años, solo, mal vestido, que permanecía siempre aislado, como animal salvaje, mirando a todos de reojo. Y tenía razón para mirar a todos así. Hacía dos años que su padre y su madre, labradores de los alrededores de Padua, lo habían vendido al jefe de cierta compañía de titiriteros, el cual, después de haberle enseñado a hacer varios juegos, a fuerza de puñetazos, puntapiés y ayunos, lo había llevado a través de Francia y España, pegándole siempre y no quitándole nunca el hambre. Llegado a Barcelona, y no pudiendo soportar ya los golpes y el ayuno, reducido a un estado que inspiraba lástima, se escapó de su carcelero y corrió a pedir protección al cónsul de Italia, el cual, compadecido, lo había embarcado, tras darle una carta para el al-

¹ Se refiere a la reflexión que le ha escrito a Enrique su padre en el diario. Ver *Páginas del diario de Enrique*.

² *Paduano* es el gentilicio que corresponde a la ciudad de Padua, la cual se halla en el norte de Italia.

calde de Génova, que debía enviarlo a sus padres que lo habían vendido como vil bestia. El pobre muchacho estaba lacerado y un poco enfermo. Le habían dado un billete de segunda clase. Todos lo miraban, algunos le preguntaban, pero él no respondía y parecía que odiaba a todos. ¡Tanto lo habían irritado y entristecido las privaciones y los golpes! Al fin, tres viajeros, a fuerza de insistencia en sus preguntas, consiguieron hacerlo hablar, y en pocas palabras, toscamente dichas, mezcla de español, francés e italiano, les contó la historia. No eran italianos aquellos tres viajeros; pero lo comprendieron y, parte por compasión, parte por excitación del vino, le dieron algún dinero, instándolo para que contase más. Habiendo entrado en la cámara en aquel momento unas señoras, los tres, por darse tono³, le dieron aún más dinero, gritando: «¡Toma, toma más!». Y hacían sonar las monedas sobre la mesa. El muchacho las tomó todas, dando las gracias a media voz, con aire malhumorado, pero con una mirada, por primera vez en su vida, sonriente y cariñosa. Después se fue sobre cubierta y permaneció allí solo, pensando en las vicisitudes de su vida. Con aquel dinero, podría tomar algún buen bocado a bordo, después de dos años que sólo se alimentaba de pan; podría comprarse una chaqueta apenas desembarcara en Génova, después de dos años que iba vestido de andrajos, y podría también, llevando algo a su casa, tener mejor acogida del padre y de la madre que si hubiera llegado con los bolsillos vacíos. Aquel dinero era, para él, casi una fortuna, y en esto pensaba, consolándose, asomado a la claraboya, mientras los tres viajeros conversaban sentados a la mesa en medio del camarote de segunda clase. Bebían y hablaban de sus viajes y de los países que habían visto y, de conversación en conversación, empezaron a hablar de Italia. Empezó uno a quejarse de sus fondas, otro de sus ferrocarriles y, después todos juntos, animándose, hablaron más de todo. Uno hubiera preferido viajar por Laponia; otro decía que no había encontrado en Italia más que estafadores y bandidos; el tercero, que los empleados italianos no sabían leer. «¡Un pueblo ignorante!», decía el primero. «¡Sucio!», añadió el segundo. «¡La...!», exclamó el tercero; y quiso decir *ladrón*,

³ *Darse tono* es darse importancia.

pero no pudo acabar la palabra. Una tempestad de monedas cayó sobre sus cabezas y sobre el suelo con infernal ruido. Los tres se levantaron furiosos mirando hacia arriba y aun recibieron un puñado de monedas en la cara. «¡Tomen su dinero!», dijo con desprecio el muchacho, asomado a la claraboya. «¡Yo no acepto limosna de quienes insultan a mi patria!».



EL PEQUEÑO ESCRIBIENTE

FLORENTINO

Estaba en la cuarta clase elemental. Era un gracioso florentino⁴ de doce años, de cabellos negros y tez blanca, hijo mayor de cierto empleado de ferrocarriles que, teniendo mucha familia y poco sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre lo quería mucho y era bueno e indulgente con él; indulgente en todo, menos en lo que se refería a la escuela; en esto, era muy exigente y se mostraba bastante severo porque el hijo debía ponerse pronto en disposición de obtener otro empleo para ayudar a sostener a la familia; y para hacerlo pronto, necesitaba trabajar mucho en poco tiempo y, aunque el muchacho era aplicado, el padre lo exhortaba siempre a estudiar. Era ya de avanzada edad el padre, y el excesivo trabajo lo había envejecido prematuramente. En efecto, para proveer a las necesidades de la familia, además del mucho trabajo que tenía en su destino, se buscaba a la vez aquí y allá, trabajos extraordinarios de copista y se pasaba, sin descansar en su mesa, buena parte de la noche. Últimamente, de cierta casa editorial que publicaba libros y periódicos, había recibido el encargo de escribir en fajas el nombre y la dirección de los suscriptores y ganaba tres liras por cada quinientas de aquellas tirillas de papel, escritas en caracteres grandes y regulares. Pero

⁴ *Florentino* es un habitante de la ciudad de Florencia.

esta tarea lo cansaba, y se lamentaba de ello a menudo con la familia a la hora de comer:

—Estoy perdiendo la vista —decía—; esta ocupación de noche acaba conmigo.

El hijo le dijo un día:

—Papá, déjame trabajar en tu lugar; tú sabes que escribo bien, tanto como tú.

Pero el padre respondió:

—No, hijo, no, tú debes estudiar; la escuela es una cosa mucho más importante que mis fajas; tendría remordimiento si te privara del estudio una hora; te lo agradezco, pero no quiero; y no me hables más de ello.

El hijo sabía que, con su padre, era inútil insistir en aquellas cosas y no insistió. Pero, he aquí lo que hizo. Sabía que, a las doce en punto, dejaba su padre de escribir y salía del despacho hacia la alcoba. Alguna vez, lo había oído: cuando el reloj daba las doce, sentía inmediatamente el rumor de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche, esperó a que estuviese ya en cama, se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió el quinqué⁵ de petróleo, se sentó a la mesa del despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las señas de los suscriptores, y empezó a escribir imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con un poco de miedo; las fajas aumentaban y, de vez en cuando, dejaba la pluma para frotarse las manos; después continuaba con más alegría, atento y sonriente. Escribió ciento sesenta: ¡cerca de una lira! Entonces paró, dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió a la cama en puntas de pie.

Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la mesa de buen humor. No había advertido nada. Hacía aquel trabajo mecánicamente, contando las horas, pensando en otra cosa y no contando las fajas escritas hasta el día siguiente. Sentado a la mesa con buen humor y poniendo la mano en el hombro de su hijo, le dijo:

⁵ El *quinqué* es una lámpara que utilizaba, generalmente, petróleo como combustible.

—¡Eh, Julio, mira qué buen trabajador es tu padre! En dos horas, ha trabajado anoche un tercio más de lo que acostumbra. La mano aún está ágil, y los ojos cumplen todavía con su deber.

Julio, muy contento, decía para sí: “¡Pobre padre! Además de la ganancia, le he proporcionado también una satisfacción: la de creerse rejuvenecido. ¡Ánimo, pues!”

Alentado por el éxito, la noche siguiente, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Y lo mismo siguió haciendo varias noches. Su padre seguía también sin advertir nada. Sólo una vez, cenando, se le ocurrió esta observación:

—Es raro: ¡cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte!

Julio se estremeció, pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.

Lo que ocurrió fue que, interrumpiéndose así el sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante; por la mañana se levantaba rendido aún, y por la noche, al estudiar le costaba tener los ojos abiertos. Una noche, por primera vez en su vida, se quedó dormido sobre los apuntes.

—¡Vamos, vamos! —le gritó su padre dando una palmada—. ¡Al trabajo!

Se asustó y volvió a ponerse a trabajar. Pero durante la noche y los días siguientes, continuaba igual y, aún peor: daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado, estudiaba las lecciones con esfuerzo, parecía que le disgustaba el estudio.

Su padre comenzó a observarlo, después se preocupó de ello, y al fin, tuvo que reprenderlo. Nunca lo había tenido que hacer por esta causa.

—Julio —le dijo una mañana—, tú te descuidas mucho, no eres ya el de otras veces. No quiero esto. Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti. Estoy descontento. ¿Comprendes?

A este único regaño, el primero verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se turbó. “Sí, cierto —murmuró entre dientes—, así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya”.



ÍNDICE

Literatura para una nueva escuela	5
Puertas de acceso	7
El corazón: un símbolo muy popular	9
El arte de amar	11
La monedita del alma	12
Los secretos del amor	13
El corazón de Enrique.	15
El amor a la patria	18
Amigos son los amigos	19
La obra: Cuentos mensuales	23
<i>El pequeño patriota paduano</i>	25
<i>El pequeño escribiente florentino</i>	29
<i>El tamborcillo sardo</i>	37
<i>El enfermero del “Tata”</i>	45
<i>Valor cívico</i>	55
<i>De los Apeninos a los Andes</i>	61
<i>Naufragio</i>	93
La obra: Páginas del diario de Enrique	101
<i>El primer día de escuela</i>	103
<i>Nuestro maestro</i>	107
<i>Mis compañeros</i>	109
<i>El carbonero y el señor</i>	111
<i>Vanidad</i>	113
<i>Litigio</i>	115
<i>Un día de campo</i>	117
<i>La última página de mi madre</i>	121

<i>El último examen</i>	123
<i>¡Adiós!</i>	127
Manos a la obra	131
Los juegos del lenguaje	133
Italia mía	134
Los héroes	134
La voz del corazón	135
<i>El pequeño patriota paduano</i>	136
El lado oscuro del corazón	136
<i>El pequeño escritor florentino</i>	138
<i>El tamborcillo sardo</i>	139
<i>El enfermero del “Tata”</i>	140
Dar es mejor que recibir	140
<i>Valor Cívico</i>	141
<i>De los Apeninos a los Andes</i>	141
Querido papá	142
<i>Naufragio</i>	142
El diario de Enrique	143
Diario del curso	144
Retrato	144
La caridad bien entendida	144
Así somos	144
Un corazón puro	145
Cuarto de herramientas	147
Biografía de Edmundo De Amicis	149
La tierra natal de los pequeños héroes de De Amicis	150
El símbolo del corazón a través de la historia	151
Una visita ilustre	154
 Bibliografía	 155